

Antonio César MORENO CANTANO, *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2013. 334 pp. ISBN: 978-84-9704-739-5

El creciente interés historiográfico por la dictadura franquista cuenta, de la mano de la trilogía editada por la editorial Trea y coordinada por el historiador Antonio C. Moreno Cantano, con novedosas investigaciones sobre diplomacia, propaganda y política exterior que ayudan a entender algunas claves que explican por qué Franco pudo retener tanto tiempo el poder. Tras publicar en años anteriores *El ocaso de la verdad. Propaganda y prensa exterior en la España franquista* (2011) y *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco* (2012), con *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra* (2013), Moreno Cantano culmina un trabajo interdisciplinar y coral que pone a disposición de un público amplio temas vagamente tratados o dispersos en la historiografía española, relacionados con la estrategia diplomática y propagandística emprendida por el dictador para hacerse con la victoria y mantenerse en el poder. Primero, se trató de ligar guerra y propaganda para mimar la moral propia y minar la del enemigo. Luego, los “cruzados” de Franco fueron una serie de peones que se movieron entre la diplomacia y la ambigüedad para hacer más digerible un régimen nacido de un golpe militar, en palabras del coordinador.

Se inicia su lectura con una sugerente síntesis de “la política exterior del franquismo (1936-1945)” elaborada por una autoridad en historia de las relaciones exteriores en España, Juan Carlos Pereira Castañares. Este profesor de la Complutense no pretende tanto aportar novedades como un estado de la cuestión, nuevas líneas de investigación y claves de la actuación en la evolución de la política exterior española “de una guerra a otra”. Como Franco jugó un papel decisivo en su dirección, el autoritarismo de su régimen se trasladó a aquélla y, en consecuencia, no fueron objetivos (intereses estatales) lo que buscó sino el cumplimiento de fines políticos propios. Si a ello sumamos la incidencia de la situación internacional, la interconexión entre política interior y exterior o la evolución económica entendemos por qué los fines de su política exterior se centraron en la búsqueda de reconocimiento internacional de su régimen y que, en consecuencia, su estrategia fuera cambiante, desde la neutralidad (1939-1940) a la no beligerancia (1940-1943) y vuelta a la neutralidad (1943-1945). Para tales fines, Carrero y diferentes ministros de Asuntos Exteriores (Jordana, Beigbeder, Serrano Súñer, Lequerica) o de Economía diseñaron una estrategia exterior cuya toma de decisiones se adaptó a los intereses de Franco y de las respectivas “familias”. El teatro de operaciones prioritario fue el europeo y, de manera secundaria, el mundo americano. Y Pereira incide reiteradamente en que el diseño de una política exterior para un contexto cambiante estuvo marcado por el “pecado original” de Franco: la vinculación de su régimen con las potencias totalitarias del Eje desde la Guerra Civil hasta la Segunda Guerra Mundial.

En el segundo capítulo, “Literatura de propaganda religiosa en España en tiempos de guerra”, Antonio C. Moreno Cantano ofrece un balance de la importancia del libro como arma propagandística en la “guerra de las ideas”, puesto a prueba en 1936, con la identificación como Guerra Santa y el uso de oficinas propagandísticas internacionales de los beligerantes, ora a favor de los insurgentes, ora a favor de los republicanos. En este sentido, cobra especial interés esa pugna, entre otras, de la franquista Oficina católica de Información internacional de Zaragoza (que dio cobertura exterior a la *Carta Colectiva de los obispos españoles*), por un lado, con la antifascista Oficina de Propaganda Católica de París (que difundió la réplica de Gallegos Rocafull a la carta colectiva de los “obispos facciosos”). Resulta pertinente la reflexión del autor sobre la escasa rentabilidad pragmática de la parafernalia propagandística rebelde y republicana -ni impidió que las democracias europeas negasen la ayuda al gobierno de la República ni logró acelerar el reconocimiento de la propaganda franquista a su causa hasta que la victoria militar no pareció irrefutable- aunque defiende que no se pueden entender las culturas de la guerra del siglo XX sin el estudio de esta propaganda. A continuación, confronta la propaganda religiosa germanófila con la angloamericana en España y las quejas tanto de las potencias aliadas como de la Santa Sede. Como balance final del aspecto religioso en la propaganda española, Moreno Cantano concluye con tres líneas básicas: 1) su valor cuantitativo tanto en la Guerra Civil como en la Segunda Guerra Mundial, pues todos los actores vieron en temas como la persecución religiosa, la iconoclastia o la vinculación del comunismo o del nazismo con ideologías no católicas, unos elementos clave para recabar apoyos internacionales; 2) la repetición de argumentos entre la propaganda republicana y aliada (la imposible alianza de la católica España franquista con la pagana Alemania nazi) y entre la del Eje y la franquista (reprochando las conexiones de sus adversarios con la atea URSS); 3) los esfuerzos denodados al servicio de esta parafernalia propagandística religiosa.

El tercer capítulo saca el foco de España y traslada el estudio de la propaganda y la diplomacia a un país extranjero. El profesor de la universidad de Vigo, Alberto Pena Rodríguez, analiza “la red de diplomáticos y propagandistas de Franco en Portugal”. El vecino país ibérico fue una plaza perdida para el gobierno de la República desde el otoño de 1936, tras la ruptura de relaciones diplomáticas del gobierno de Oliveira Salazar con las autoridades republicanas y el control de la embajada española por los sublevados. La llamada “embajada negra” fue, desde entonces, tanto un foco de difusión de la propaganda franquista como un centro de reclutamiento de voluntarios lusos y receptor de donativos al ejército rebelde. El autor analiza cómo la prensa del Estado Novo se puso a las órdenes de Franco, destapando asuntos como la supuesta intriga de Azaña para apoyar una revolución que derribara la dictadura salazarista o aportando materiales que probaran los crímenes, violaciones o incendios de las “hordas marxistas”. La estrecha alianza entre los medios de comunicación portugueses y los franquistas fue importante para legitimar públicamente la cruzada anticomunista contra el gobierno de la República. La relación de amistad de los periodistas portugueses con la “embajada negra” formaba parte de la estrategia de acercamiento a la prensa lusa diseñada por Nicolás Franco con el objetivo de influir en sus contenidos informativos, impuestos por el *Estado Novo* en muchos casos. Ahora bien, que la embajada en Lisboa ejerciera el rol de “plataforma internacional del franquismo” no le impide reseñar a Pena Rodríguez ciertos roces con la Falange, que disponía de una estructura autónoma pese a que sus directrices propagandísticas siguieran las pautas del Cuartel General del Generalísimo. Asimismo, destaca cómo el gobierno de Salazar obstaculizó ciertas acciones políticas de la Falange ante los recelos que despertaban su ideología y propaganda imperialista.

La mirada desciende al perfil biográfico en los capítulos sucesivos. Luis Arias González utiliza la figura de “Peter Kemp. El ‘cruzado’ británico” como punto de enganche para analizar la red de apoyos británicos al bando franquista. Kemp fue un periodista, espía y aventurero capaz de reunir en una sola persona las tres facetas propagandísticas: sujeto, objeto y creador de propaganda. Herido en combate en 1938 y conocedor en los años siguientes de un buen número de líderes mundiales de todos los continentes, lo suyo fue una “propaganda por la acción”, informal, como parte integrante de un combate contra el comunismo internacionalista. Aunque lo más relevante del texto no es tanto el personaje como la “conexión inglesa” de la que formó parte. Esta heterogénea y reducida red británica de apoyo al franquismo (que incluía desde católicos, conservadores, aristócratas o militares hasta filonazis, fascistas y ultraderechistas) se nutría de “cruzados” que habían llegado a España excitados por el sentimiento religioso de las persecuciones y campañas propagandísticas eclesiales (aunque no fuera este el motivo que impulsara al propio Kemp), cuya aventura finalizó con diferente nivel de gloria.

La profesora de la UNED Rosa Pardo se ocupa, a continuación, de la biografía de “José María Doussinague: un director general de Política Exterior para tiempos duros”, uno de los diplomáticos más influyentes de la diplomacia española del periodo de entreguerras, a la que aportó propuestas para reformar el cuerpo diplomático o consular y trazó dos estrategias de actuación tan relevantes (la neutralista y la hispanoamericanista) como poco realistas de acuerdo a las posibilidades reales del país. Con rigor historiográfico, la profesora Pardo disecciona su trayectoria diplomática bajo diversos gobiernos, desde la dictadura de Primo de Rivera hasta la franquista pasando por la Segunda República y la Guerra Civil. Su relato se aleja de las imágenes estereotipadas que le han acompañado (como germanófilo y antisemita) y destaca sus planes de cooperación y solidaridad con las repúblicas hispanoamericanas (Plan “P”) y de neutralismo (Plan “D”, en 1940 y 1942), mostrando cómo la guerra marcó un punto de inflexión en su trayectoria, primero soportando una cierta cuarentena por haber servido a la República y luego destacando su vertiente antiliberal coincidiendo con el nacimiento del Nuevo Estado. Precisamente, la vuelta al periodo imperial que proponían las nuevas autoridades franquistas le incitó a proyectarlo también a la política exterior, de manera que España pudiera recuperar la “grandeza” de su pasado. No obstante, el nombramiento de Martín Artajo al frente de Exteriores le hizo perder una influencia que había alcanzado mayor notoriedad de la mano de Beigbeder.

Un perfil diferente al anterior es el que representa “José del Castaño y Cardona, más falangista que diplomático”, analizado por el profesor de la universidad Complutense Florentino Rodao. Castaño no sale bien parado en esta biografía. Presentado más como un hombre acción que como diplomático, capaz de utilizar el partido frente a sus colegas, defensor de los intereses de Falange frente a la diplomacia, representa, a juicio de Rodao, una cultura política, la falangista, diferente a la diplomática, aunque su fascistización fuera más organizativa que ideológica. Su evolución desde convicciones monárquicas a falangistas tuvo también en la Guerra Civil su momento clave. Castaño se puso desde el principio al servicio de las autoridades rebeldes, coincidiendo con la puesta en marcha de la Falange Exterior. Tratar de coordinar sus relaciones con los diplomáticos era una tarea difícil que, como delegado nacional de Falange le correspondía. No era la única: debía también controlar organizaciones falangistas en otros continentes, recaudar fondos e incorporar a los españoles expatriados al Estado Nacional Sindicalista. Su cese en el cargo en mayo de 1939 inició un paréntesis de marginación hasta su nombramiento como cónsul general en Manila por el ministro Serrano Súñer. Castaño fue un fiel aliado en su intención de implantar una diplomacia paralela y de asegurar el predominio de Falange sobre otras familias tradicionales; también jugó un papel crucial en la erosión de lo hispano en

Filipinas, dificultando sus solicitudes de naturalización. Pero sus esfuerzos para favorecer los intereses japoneses en Filipinas resultaron, a la postre, contraproducentes, pues estos tenían otros planes y, tras ocupar el archipiélago, le invitaron a salir del país. Su bagaje fascista o falangista le acompañó en su siguiente destino, encargado de negocios en Cuba, donde también obtuvo un fracaso diplomático.

El siguiente capítulo abandona la trayectoria personal para trasladar el foco a una dimensión colectiva. “El servicio de Falange Exterior en los Estados Unidos” resultó aportar mucho ruido y pocas nueces (“*Much ado about nothing*”), un desastre sin paliativos. Su autor, el profesor de la universidad de Oviedo Misael Arturo López Zapico, recurre a la notable bibliografía existente de otros colegas como base que completa con el pormenorizado análisis del semanario falangista de Nueva York *Cara al Sol*. Su objetivo es averiguar las causas de la extrema debilidad falangista en Norteamérica, pese a los esfuerzos proselitistas de la prensa y de las Casas de España de Nueva York o de Los Ángeles. Señala varios motivos para la decepción. Al ya conocido enfrentamiento de la Falange Exterior con las representaciones diplomáticas hay que sumar el poco peso de la colonia española en los Estados Unidos (“más problemas que simpatizantes”, básicamente de la exigua clase media y alta), el desconocimiento de la opinión pública norteamericana sobre España, el mal encaje del mensaje de los propagandistas franquistas (más en el caso de los falangistas que de los católicos) en una sociedad tan compleja como la norteamericana -más sensible a la legitimidad republicana, aunque contraria a la intervención en un conflicto que podía desembocar en una conflagración mundial- y el despliegue antifascista del Departamento de Estado de la administración Roosevelt (sobre todo tras Pearl Harbour).

Volvemos al perfil prosopográfico en el capítulo dedicado a la “facción vasca” del servicio diplomático. El protagonista es “Juan Pablo de Lojendio e Irure (1906-1973). El balcón de las apariencias”. María Jesús Cava Mesa, profesora de la universidad de Deusto, retrata a un donostiarra con buena formación académico-cultural que hizo un paréntesis en su actividad diplomática para participar en política en los momentos finales de la República (en las listas cedistas) y mostró su adscripción al bando sublevado desde el primer momento. A partir de entonces, actuó al servicio de Falange en Argentina durante la mayor parte de la Guerra Civil y, más tarde, entre 1944 y 1948, ejerció diferentes cargos en la legación de Montevideo, desde donde continuó vinculando la idea de hispanidad al régimen franquista, informando de los vaivenes políticos de los países vecinos y ejerciendo su militancia católica desde la revista *El Pilar*, con el fin de contrarrestar allí, desde la ortodoxia, otras orientaciones de corte democristiano o nacionalista vasco. Concluyó sus servicios a la diplomacia franquista en Latinoamérica como embajador en La Habana, donde estuvo desde 1952 hasta su célebre incidente televisivo con el mismísimo Fidel Castro en 1960, que le provocó la expulsión de la isla y su regreso, como al principio de su carrera, a misiones en embajadas europeas, siendo su último destino la Santa Sede.

Precisamente el concepto de hispanidad adquiere gran protagonismo en el último capítulo, dedicado a un personaje de un registro diferente a los anteriores, “Vicente Rodríguez Casado: las implicaciones políticas del americanismo científico de posguerra”, firmado por el profesor de la universidad de Navarra Antonio Cañellas Mas. No se trata en este caso de un diplomático, sino de un historiador que impulsó empresas americanistas tan importantes como la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (1942) y la Universidad de Verano de la Rábida (1943), tras obtener muy joven la cátedra en la Universidad de Sevilla, que aportó a algunos políticos del régimen su visión conservadora del ideal hispánico y que dio el paso a la alta política una década después, como director general de Información de la mano de Gabriel Arias Salgado. Dedicado al americanismo culturalista en la España de posguerra, sostuvo, como otros intelectuales de su generación, una interpretación esencialista de la

historia que identificaba el sustrato religioso con el ser nacional. Las bases de su teoría de la historia partían de la conciencia de pertenencia a una misma comunidad cultural de raíz hispana, como base sobre la que definir su organización social y política. Se trataba de un americanismo científico, expresión de un pensamiento histórico con el catolicismo como sustancia de la nación española, que apostaba por una regeneración cristiana de la cultura y una alianza de naciones hispánicas, capaz de contrapesar los errores de la cultura moderna, de los excesos individualistas del capitalismo anglosajón.

En definitiva, el presente libro cumple sobradamente los objetivos propuestos: redefinir la importancia de la propaganda exterior en tiempos de guerra, profundizar en la política exterior y cultural de la España franquista y mostrar la heterogeneidad política de sus propagandistas y diplomáticos. Pese a que la ordenación de los capítulos pudiera haber sido más sistemática y algunas contribuciones no son tan novedosas, sin embargo, estas carencias –propias de cualquier publicación coral– no reducen calidad a una monografía que reúne a participantes en varios proyectos de investigación. Estamos, sin duda, ante un buen ejercicio de prosopografía que conecta la historia cultural con la historia política y las relaciones internacionales en el periodo comprendido entre la Guerra Civil y española y la Segunda Guerra Mundial y llena los vacíos que habían dejado los títulos precedentes de una trilogía que, con esta obra, queda completada.

Ángel Luis López Villaverde
Universidad de Castilla-La Mancha